

---

*Ricardo Descalzi*

**E**n el tiempo en que *Huasipungo*, novela de Jorge de Icaza, irrumpe en la literatura americana, el ambiente de la narrativa en el Ecuador, salvo algunas excepciones, trastoca su pasivo costumbrismo, su ambiente hogareño, para volverse protesta en violenta denuncia. El romanticismo poemático y el relato folclórico se trizan ante el nuevo planteamiento literario y el indio en *Huasipungo* y el mestizo en *Cholos* y *El Chulla Romero y Flores*, para sólo referirnos a la novelística de la sierra ecuatoriana, toman un sentido diferente, ahora sí consubstancial con la realidad.

Antes de Icaza un elevado porcentaje de la narrativa acoplaba su entonación al lirismo descriptivo del panorama, a la somera narrativa de acontecimientos para resaltar el costumbrismo o presentar al actor o actores como entes autómatas dentro del argumento. La personalidad adscrita al ambiente donde transcurrían los hechos carecía de valor, como mancha difuminada desnuda de perfiles humanos precisos y calidades anímicas de autoanálisis y reivindicaciones.

En Jorge Icaza, antes que el escritor, existía el hombre de ideas y conceptos renovadores. La dura realidad que vivió en su juventud conmovió su condición de hombre abandonado a su destino luchando por la supervivencia sin apoyo estatal, adscrito a su empleo de gobierno al que entregaba su trabajo, y a su vocación, imperiosa necesidad económica, de actor teatral. De una niñez pseudoburguesa pasó a enfrentarse con la dura necesidad luego de la muerte de su padrastro y de su madre, situación que robusteció su carácter y el empeño biológico, y por ende categórico, de vivir.

Esta entereza que caracterizo el espíritu del novelista, la confianza en su capacidad y la autocultura adquirida en los años con su lectura copiosa de

dramas y novelas, condujo su vocación literaria. Y si bien su primer libro Barro de la Sierra no despertó en los medios cultos mayor interés, fue la piedra asentada en que basó los personajes y argumentos de sus futuras producciones. El indio, ese extraño y sumiso servidor de la tierra que él conociera en rápida visión en su niñez, fue el estímulo que le entregaban sus recuerdos para resaltar sus virtudes y vicios, pero ante todo su estrato social deprimente, casi inconcebible dentro de la cultura social del siglo.

Su continuo enfrentamiento contra un mundo hostil no podía modelar su voz y su pensamiento al estilo de los escritores que le precedieron. Su realidad era diferente: dura, atezada, injusta y violenta, por eso su forma de escribir era suya, sin préstamo ni imitaciones. Las llamadas «malas palabras» que sonrojaron de pudor a los maestros intocables de la literatura ecuatoriana, eran consubstanciales de su temperamento, de su decir cotidiano.

Este estilo personalísimo de Jorge Icaza no claudica, manteniéndose con idéntica estructura en el resto de sus novelas, si tomamos Huasipungo como modelo de ellas, resaltando su facilidad descriptiva en síntesis, tanto en la descripción del personaje como en su actitud en un momento dado del desarrollo.

Sus escenas desmadejadas con minucioso realismo, intolerables para las mentes pacatas, son expresiones de lo usual, de aquello que se trata de ocultar por «pudor» y que no se desea ver, peor enfrentar, pero que Icaza, desvestido de prejuicios, leal a su condición humana y a su calidad de escritor veraz, va ordenando sin temor ni complejos con la limpidez consubstancial que todo hecho conlleva, para llegar a la conciencia del lector en la forma que él desea acentuar: la denuncia.

Por todo ello el nombre de Jorge Icaza se identificó con el nacimiento de la narrativa ecuatoriana hacia el mundo literario, ahogando los pequeños intentos domésticos de gracioso localismo que, salvo Cumandá de Juan León Mera por ser el primer relato extenso, no habían logrado interés por su juego inocente entre bucólico, pintoresco, romántico, sin fuerza de denuncia ni estilo acusador, débil en sus azulosas fantasías, unidas a matices folclóricos insubstanciales.

Si Huasipungo y las subsiguientes fueron las novelas del agro ecuatoriano, El Chulla Romero y Flores representa la síntesis de una ciudad entre conventual y opacada, franciscana como su nombre, en su ropaje externo, llena de zaragatas y albórboras en sus barrios perdidos, donde la miseria y la calidad del quiteño se refleja con perfiles nítidos, justos y sorprendentes.

El hombre intrascendente, semejante a los centenares que deambulan por calles y plazas, vive su existencia trezada de pequeños problemas, grandes en su circunscrita realidad, tratando de paliar su destino para hacer más llevadero su transcurrir; aunque arme osadas trapacerías, invente argucias y aproveche de ingenuos. La Quito de El Chulla Romero y Flores es reflejo de muchas

*ciudades mundo, si no por su paisaje urbano, por el hombre, habitante básico semejante a cualquier otro hombre de cualquiera otra ciudad, apenas diferenciado por la civilización y el hábito, que hace más ostentible o más palida su personalidad.*

*No podía Jorge Icaza, nacido en Quito, dejar a su novelística huérfana de su ciudad, porque la ciudad lo había visto crecer y él, a su vez, pulsó su presencia en sus secretos recovecos en la vida bohemia que le impuso el destino.*

*Así es como El Chulla Romero y Flores constituye la «veraz fantasía» de su historia, como personaje auténtico quiteño, y como relato toma altura en descripción, conflicto y ambiente. No de otra forma pudo lograr una novela que representa la expresión mejor lograda de su pluma, aferrada a la realidad, descontando desmanes imaginativos usuales en él, para dar dramatismo al momento.*

*Hombre de risa franca y escandalosa, alegre en las tenidas, conversador ameno, mezclando sin empacho sus malas palabras, era, sin embargo, reservado en sus problemas, silencioso ante los ataques injustos de los críticos y los lenguaraces gratuitos, absorbedor de injurias al no responderlas, envidiado por quienes fracasaron en las letras o no llegaron a su nivel literario. Solía no olvidar el ultraje y el rencor brotaba en la intimidad de sus amigos, herido como estaba porque su calidad intelectual había sido injustamente vilipendiada.*

*Su pensamiento de izquierda política no se aferró al dogmatismo, fue un escritor socialista que creía en la libertad y descubría las falsedades de quienes, amparados en las doctrinas, medraban a su sombra para recibir migajas de presupuesto o el camino fácil para las trafacías y la coima. Sereno en su criterio, medía con talentoso análisis los problemas sociales, sin apasionarse ni traicionar sus ideas por una prebenda.*

*Leal a sus amigos, guardaba con rememoranza el recuerdo de su madre y muchas veces sus lágrimas brotaban espontáneas al recordarla en las tenidas, en que un poco de licor estimulaba sus sentimientos celosamente guardados.*

*Franco en sus opiniones, no le importaba si ellas contribuían o no a beneficiar su imagen, sin que jamás le hayamos escuchado referirse a sus amigos en forma despectiva y mucho menos con la más leve sombra de inconsecuencia.*

*Jorge Icaza era sentimental y triste, personalidad que encubría bajo su risa y la conversación alegre. Muchos de sus rasgos suelen surgir en forma velada, casi intrascendentes, en algunas escenas de El Chulla Romero y Flores, «su» novela, que por este hecho la consideramos la mejor expresión de su relato.*